





Montañeses de las cercanías de Berga huyen de sus pueblos incendiados.

tructora de los altares y de los reyes, digna hija de la que hay en Barcelona, conocida bajo la denominacion de *Alibaud*. ¡Quiera Dios que este ejemplo aproveche á los que todavía son rebeldes á su rey !,

La destruccion de Ripoll, despues de los desastres de Manlleu, y la pérdida de Sarreal, Villanueva de Meyá y Pons, acaecida poco antes, aterraron á los demás pueblos guarnecidos por los liberales, que temian igual suerte, viéndose abandonados á la saña de un enemigo feroz y vengativo. De todas partes se levantó un clamor general contra el Baron de Meer, que á la verdad, no se mostraba en esta ocasion digno de sus antecedentes; y en consecuencia, decretó el Gobierno su separacion en 1.º de Junio, nombrando para reemplazarle á D. Jerónimo Valdés.

El nuevo Capitan general no llegó á Barcelona hasta mediados de aquel mes; y mientras se ocupaba en arreglar las subsistencias y haberes del ejército, los carlistas, obrando con independencia de su indolente jefe, recorrian el distrito de Vich saqueando los pueblos á mansalva; sitiaban por novena vez á Gerri, cuyos heróicos habitantes no se dejaron subyugar, y se ostentaban poderosos en el campo de Tarragona. Ibañez, que á fines del mes anterior habia sorprendido y destrozado al batallon franco de Reus, tuvo la audacia de llegar hasta las mismas faldas de Monjuich, amenazando á Martorell, de donde fué rechazado.

El 3 de Julio marchó Valdés á Esparraguera, donde se le reunieron las divisiones de vanguardia y segunda, y el 5 se le incorporaron en Cervera la tercera y cuarta. Con estas fuerzas condujo un convoy de víveres á Solsona, y continuó luego su movimiento por Balsareny, hasta situarse en la sierra de Buire, á tres leguas de Berga.

Permanecia, entre tanto, el Conde de España en vergonzosa inacción, siendo la pesadilla de su aguerrida gente: cuando supo la proximidad de Valdés á Berga, creyó que este general iba á sitiarla, y una llamarada de actividad febril inflamó su ánimo: dispuso entonces que marchasen fuerzas en observacion del enemigo, hizo grandes preparativos de defensa, y mandó por último que las tropas situadas á la izquierda del Llobregat se replegasen á Olban y Gironella, y que en el caso de una retirada, incendiasen estos pueblos y cuantos caseríos y edificios encontrasen á su paso. Esta órden bárbara é injustificable se ejecutó al pié de la letra: Gironella y Olban, multitud de casas aisladas y hasta los molinos harineros que proveian á los carlistas fueron pasto de las llamas; y los infelices moradores de aquella comarca, mujeres, niños y ancianos, huian despavoridos lamentando su desgracia. El Conde se recreaba en su obra, contemplando el cuadro de desolacion que desde Berga se

presentaba á la vista por todas partes, y decretando nuevos incendios de iglesias y otros edificios.

Valdés, que no habia pensado en sitiar á Berga, regresó por Balsareny á Manresa, satisfecho del resultado de su expedicion, que pudo calificarse de *triunfo del miedo*.

En cuanto al Conde, acabó de perder el poco prestigio que le quedaba entre los carlistas, que desde entonces solo pensaron ya en deshacerse de él por cualquier medio.

### III.

Durante el periodo que vamos reseñando, en las provincias del Norte se precipitaban los acontecimientos hácia un feliz desenlace, como guiados por una fuerza providencial. La situacion de los carlistas en aquel país, verdadero centro de su poder, asemejábase á la de los moros de Granada en la época de la reconquista: para completar el parecido entre ambas situaciones, solo faltaba á los carlistas un *Rey Chico*; y llegó el caso de que D. Carlos desconfiase de su propio hijo, á quien trataron de proclamar algunos, imponiendo á su padre la abdicacion, mientras otros no querian nada sin D. Carlos, rey absoluto é inquisitorial, y otros, en fin, de acuerdo con los jovellanistas, y creyendo tener apoyos en Paris, pretendian darle el triunfo mediante su aquiescencia en aceptar una especie de *despotismo ilustrado* para el régimen de la monarquía española.

Pero antes de llegar á estos extremos, que convirtieron el carlismo de las Provincias en otro campo de Agramante, habian ocurrido algunos acontecimientos de suma gravedad. Corria el mes de Febrero, y estando Maroto en Durango, supo que las maquinaciones de sus enemigos le ponian ya en la necesidad de obrar resueltamente: manifestó la intencion de trasladarse á Navarra, y solicitó de D. Carlos el permiso de pasar por Azcoitia, donde aquel se hallaba, para que revistase las tropas. El cuartel real se trasladó en el acto á Vergara, con ánimo de seguir á Oñate; lo cual aumentó los recelos del jefe carlista, sabiendo que allí venian las principales cabezas de la conjuracion; pues los demás conspiradores eran solo instrumentos de la camarilla cortesana. Tratóse entonces de ir contra el cuartel real, y hacer un es-

carmiento en los autores de aquel desorden; pero prevalecieron los consejos de la prudencia, y Maroto marchó con su ejército á situarse en el camino Mondragon á Vergara, donde D. Carlos, el Obispo de Leon y otros personajes de su comitiva lo revistaron sin hablar palabra.

Terminada la revista, se presentó Maroto á D. Carlos en Vergara, y le declaró su resolucion de castigar á los sediciosos <sup>1</sup>. Pasó de allí á Tolosa, donde recibió nuevos avisos de los trabajos subversivos del general D. Francisco García y otros conjurados: se encontraba en el caso de fusilar ó ser fusilado. Mandó entonces hacer varias prisiones, y ejecutadas estas, llamó al brigadier Carmona que, segun Maroto, iba de espía en el cuartel general para noticiar á los conspiradores cuanto pudiese convenirles, y le dijo: “que bajase á Estella, y dijese á García y demás compañeros, que con el alba del siguiente dia marchaba á la ciudad; que podrian presentarse con las fuerzas que estaban sublevando y esperarle en el terreno que les pareciese, como prácticos y conocedores de él; pero que *estuviesen antes en la firme conviccion de que con sus mismas tropas habia de fusilarlos á todos;*” previniendo al mismo Carmona “que se pusiese bien con Dios, si queria morir como cristiano.”

El mensajero cumplió su cometido, y marchó luego á solviantar los ánimos de los jefes de algunos batallones navarros, concitándolos contra Maroto. Cuando este entró en Estella, vió sus calles desiertas y el estupor de la sorpresa pintado en el rostro de los pocos que por ellas transitaban: al pasar por delante del alojamiento de García, este y algunos de su comitiva, que estaban en las ventanas, hicieron mofa de él. No tardó en presentarse á Maroto el gobernador de la plaza manifestándole cuanto sabia sobre planes de sedicion y el inminente riesgo en que se hallaba; pero transcurrió el dia sin novedad, hasta las ocho de la noche, en cuya hora se le dió parte de haber sido arrestado por la guardia de una de las puertas el general García en el acto de querer marcharse disfrazado de cura.

El general en jefe comprendió cuánto era su prestigio entre las tropas, pues aque-

<sup>1</sup> «Señor, le dijo: yo creo que V. M. no querrá fusilarme.

«—¡ Hombre, no! le contestó D. Carlos: ¿ y por qué me dices eso ?

«—Señor, porque V. M. me pone en el caso de tener que mandar fusilar una ó dos docenas de personas, y en la precision de tener que venir luego ante su real presencia, para que mande hacer lo mismo conmigo.

«—No, no, sosiégate, y ten confianza en mí, como yo debo tenerla en tí. Todo son intrigas de la revolucion, que yo conozco mejor que tú: no hagas caso de chismes, que yo te aseguro sabré cortar las desavenencias, y vé confiado: pero *asegúrame que yo tambien debo estarlo de tí.*

«Avistose luego con los padres Gil y Cirilo, quienes convinieron en volver á hablar á D. Carlos, y decirle, que *Maroto estaba resuelto á hacer por su mano la justicia que tantas y tan repetidas veces habia inútilmente reclamado.*»—PIRALA.

lla prision se habia ejecutado sin orden de nadie : mandó subir el preso, con los demás, al castillo del Puig ; llamó á Carmona, que fué bastante incauto para presentársele ; reunió todos los jefes de los cuerpos, y oido su parecer conforme en cuanto á la culpabilidad de los detenidos, decretó la terrible resolucion que tanto habia procurado evitar. El 18 de Febrero, cinco de aquellos reos fueron fusilados, y Maroto dió cuenta de estas ejecuciones al ejército, por medio de una alocucion. A los dos dias, escribió á D. Cárlos una carta , en la que, despues de un breve preámbulo le decia :

“Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uriz, y estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura *sin miramiento á fueros ni distinciones*, penetrado de que con tal medida se asegura el triunfo de la causa que me comprometí á defender... sirviéndome en el dia para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general, tanto del ejército, como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa, cuando ya divisa el puerto de su salvacion... No desconoce V. M. el gérmen de discordia que se abriga y se sostiene por personajes en ese cuartel real : máñdeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinará en todos sus vasallos...”

El guante estaba arrojado : lo recogieron los señores de la corte, y al dia siguiente hicieron á D. Cárlos contestar con un manifiesto declarando traidor á Maroto y á cuantos le prestasen auxilio y obediencia. “Los jefes y autoridades de todas clases, decia, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal , si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley..”

Aunque se quiso dar gran publicidad á este documento, apenas tuvo circulacion. Enviáronse comisionados á notificarlo á Maroto ; mandó este que se reuniesen los cuerpos que tenia á sus órdenes ; obedecieron todos, y en presencia de las tropas, estando él á su frente, hizo leer el decreto que le ponía fuera de la ley : acto continuo dijo á los soldados :

“Aquí me teneis : yo soy ese hombre que se os manda asesinar ; haced todos y cada uno de vosotros lo que mejor os parezca : ¡ Soldados ! á nadie quiero comprometer en causa que me es personal : franco teneis el camino..”

Un viva unánime al general fué la respuesta. Maroto se contentó con decir : “He triunfado de la arbitrariedad, injusticia y obcecacion de un príncipe, y la Historia me juzgará algun dia..”

En seguida despachó á los comisionados, diciéndoles que refiriesen á D. Carlos lo que habian visto, añadiendo que él iba á la corte á responder personalmente á los cargos del manifiesto.

Grande alarma causó en el cuartel real la resolucion de Maroto , á quien se trató de detener en su marcha ; pero él siguió hasta Tolosa , desde donde dictó sus condiciones á D. Carlos, enviándole una lista de treinta y siete personas, que debian ser expulsadas, entre las cuales se contaban el Obispo de Leon, el presbítero D. Juan Echevarría, Fray Ignacio Lárraga, los generales Mazarrasa, Uranga, Vivanco, D. Basilio García, Balmaseda, y otras personas, todos de marcada significacion.

Cuando llegaron los portadores de la lista de proscripcion á la residencia de Don Carlos, se encontraron con que le habian abandonado los ministros, y el de la Guerra tenia presentada la dimision. El desdichado príncipe tuvo que hacer una solemne retractacion de cuanto habia dicho en el manifiesto del dia 20 , declarando el 24, que "con nuevos antecedentes y leales informes habia visto y conocido que Maroto obró con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tenia tan acreditados en favor de su justa causa,," y aprobando las providencias adoptadas por dicho general , á quien daba las más cumplidas satisfacciones. Al mismo tiempo que aparecia este decreto, se admitian las renunciaciones de los ministros y se nombraban otros ; todo lo cual produjo gran contento entre la mayoría de los carlistas de dentro y fuera de España , y hasta en Roma fué muy celebrado.

De los personajes proscriptos, catorce se fugaron : los demás fueron conducidos á Francia con escolta. Unos y otros siguieron conspirando , sin que decayesen por un momento de la gracia de D. Carlos.

#### IV.

Los fusilamientos de Estella y sus inmediatas consecuencias pusieron de manifiesto la discordia que devoraba á los carlistas y la rápida descomposicion que se operaba en el seno de su partido, estimulando á Espartero á proseguir con actividad los preparativos para la vigorosa campaña que meditaba. Entre tanto, no ignorando este general la situacion en que se hallaba Maroto , le habia hecho ya indicaciones

verbales, por medio de discretos emisarios, á fin de disponerle á un arreglo que terminase honrosamente la guerra ; indicaciones que desde luego fueron bien acogidas por aquel, aunque protestando siempre que no haria nada sin el beneplácito de D. Carlos, y á poco mediaron comunicaciones reservadas en cifra entre los dos generales.

No por esto dejaba Espartero de la mano su plan de operaciones, por el cual, llevando la devastacion al país ocupado por el enemigo, se proponia bloquearle en sus estériles montañas, y obligarle á batirse en el terreno que él eligiese. Comunicado este plan al Gobierno en 23 de Marzo, fué aprobado, aunque no dejó de suscitar objeciones, quedando el general en jefe investido de las más amplias facultades para obrar como le pareciese conveniente.

Debilitado el ejército carlista durante la pasada época de disturbios, no se hallaba Maroto en disposicion de hacer frente á su poderoso contrario; por lo cual, despues de vacilar sobre el punto á donde dirigiría sus operaciones, se decidió á emprenderlas por la parte de Bilbao.

Espartero dejó cubierta la línea del Ebro; comunicó su plan de guerra á Leon, que comenzó á ejecutarlo vigorosamente en Navarra; y el 12 de Abril salió de Logroño con su ejército, dirigiéndose hácia Ramales y Guardamino, fuertes que obstruian las comunicaciones, y á cuyo abrigo se extendian los carlistas por la provincia de Santander. El 16 llegó Espartero á Villarcayo, y al dia siguiente, al emprender las operaciones sobre Ramales, encontró interceptado el camino de los Tornos por cuatro grandes cortaduras; dispuso su habilitacion y la construccion de un reducto, en cuyos trabajos se pasó algun tiempo, y el 24 continuó avanzando en direccion á Ramales. Los dos dias siguientes practicó varios reconocimientos sobre los fuertes, sin que Maroto, que estaba á la vista, se atreviese á aceptar la batalla. El 27 se trabó la accion en unas escarpadas eminencias, de donde fueron desalojados siete batallones carlistas que los defendian : ocupaban estos una cueva situada en una gran roca sobre el camino real, en la que tenian un cañon, que lo enfilaba por donde seguian las cortaduras y derrivos; y fué menester para tomarla colocar á su frente ocho piezas, que vomitaron fuego por espacio de siete horas, rindiéndose al fin á discrecion los defensores que sobrevivieron, casi todos heridos. Al amanecer del 30 intentaron los carlistas reconquistar la posicion perdida el 27, y atacaron vigorosamente con cinco batallones; pero les rechazó una brigada, causándoles pérdidas enormes.

Desde el 1.º de Mayo al 7 permaneció el ejército acampado, sin poder adelantar las operaciones, á causa de un temporal constante, que puso á prueba el sufrimiento de las tropas. Despejada la atmósfera, el 8 á las seis de la mañana se rompió el fuego contra el fuerte de Ramales, y á las dos y media de la tarde, hora en que se mandó dar el asalto, fué aquel abandonado por el enemigo; pero en seguida principió un encarnizado combate con los batallones que en posicion protegian la defensa, los cuales fueron igualmente derrotados.

Comenzóse á batir el fuerte de Guardamino; pero luego se vió el poco efecto que producian contra él las baterias; y el dia 11, decidió Espartero atacar al ejército enemigo en las posiciones atrincheradas que ocupaba. Esta operacion fué muy difícil y costosa. Después de una lucha encarnizada, y de haber desalojado de sus puestos siete batallones que los defendian bizarramente, tuvo Espartero que resolverse á cargar con el cuartel general y su escolta los puntos más obstinados, habiendo de marchar á la desfilada, sufriendo el fuego de artillería y fusilería del fuerte por el costado y la espalda, y el encontrado de los parapetos y trincheras enemigas: sin embargo, con solo ocho batallones y la arrojadísima carga que dió, puesto á la cabeza de su escolta, arrolló todas las fuerzas contrarias, causandoles gran pérdida de muertos, heridos y prisioneros. El ejército liberal tuvo tambien considerables bajas; pero las compensaba el triunfo. Rodeado inmediatamente el fuerte de Guardamino, se rindió el 13 por capitulacion, que propuso á Espartero el mismo Maroto, para evitar más efusion de sangre: dió la orden escrita al efecto; pero el gobernador del fuerte no quiso cumplirla, hasta que se presentaron á confirmarla de palabra dos ayudantes del general carlista.

Mucho contribuyeron al éxito de estas brillantes jornadas, entre otros bizarros jefes, los generales O'Donnell y Castañeda, y el de artillería D. Joaquin de Ponte. La reputacion militar del conde de Luchana, siendo ya tan grande, creció considerablemente á los ojos de propios y extraños desde de la toma de Ramales y Guardamino, mayormente cuanto se tocaron las consecuencias de aquellas arriesgadísimas operaciones; pues coincidiendo con los triunfos obtenidos por Leon en Navarra, Zurbarano en Álava, y otros, subordinados todos á un mismo plan, produjeron desde luego resultados maravillosos, tales como el abandono del valle de Carranza con su fuerte de Molinar y la fundicion de Gurriezo; la desercion de algunos batallones, y la disolucion completa de los cántabros, aparte de las grandes pérdidas de hombres y material de guerra sufridas por los carlistas en los dos puntos conquistados. Tras

de esto, para asegurar la nueva línea de comunicaciones y estrechar al enemigo, en breves dias ocupó Espartero á Orduña y Amurrio, Arciniega y Valmaseda, empujando á Maroto, que concentró sus fuerzas en Areta.

El duque de Wellington demostró á Espartero su admiracion por las operaciones de este campaña; todos los antiguos generales españoles le felicitaron, y la Reina le concedió la grandeza de primera clase con el título de Duque de la Victoria, por real decreto de 1.º de Junio, y por otro autógrafo del 4, la llave de gentil-hombre de cámara, relevándole por ambas gracias del pago de lanzas y medias anatas.

Mientras Espartero fortificaba su línea, seguian con actividad las operaciones en otros puntos, y particularmente en Navarra, donde el bravo general Leon triunfaba del enemigo en repetidos encuentros, incendiaba de paso las mieses que no podia llevarse, ó las hacia pasto de los caballos, y asolaba el país, á cuyos habitantes, segun él mismo decia, ya no les iban quedando más que ojos para llorar.

Este rigor, ejercido además por todos los comandantes generales de las Provincias, producian los resultados apetecidos, haciendo sentir la necesidad de la paz á los pueblos que ya la deseaban; y á fin de aumentar sus apuros, dictó Espartero en 9 de Julio un bando de bloqueo, por el cual, en toda la extension de las líneas, desde Pamplona por Lerin, Lodosa, Logroño, Peñacerrada y Vitoria, y continuando desde Miranda de Ebro, por Puente-Larrá, Orduña, etc., hasta Laredo, así como en toda la costa cantábrica, desde el cabo de Finisterre hasta el Bidasoa, se prohibia bajo severas penas la circulacion de personas y de toda clase de géneros y objetos con destino al país carlista. Ejecutábase á la vez la orden de expulsion de las familias cuyos parientes desertaban á la faccion, y los pueblos abandonados por sus moradores al acercarse las tropas liberales, eran entregados inexorablemente á las llamas.

Estas terribles disposiciones, impuestas por la dura ley de la guerra, levantaron inmensos clamores, pero no contra el que las dictaba, sino contra la guerra misma, y contribuyeron poderosamente á encender más y más la tea de la discordia en el campo carlista, donde á la par que crecian los apuros, se acumulaban diariamente tantas familias miserables, tantos afligidos, tantos menesterosos y descontentos, para cuyos males no habia remedio alguno fuera de la paz.

Por este tiempo, á principios de Julio, marchó al Bajo Aragon D. Leopoldo O'Donnell, que acababa de ser nombrado general en jefe del ejército del Centro<sup>1</sup>. Sin

<sup>1</sup> Cuéntase que Cabrera, al tener noticia de este nombramiento por sus confidentes de Madrid, dijo con mucha oportunidad á sus amigos: — «Ya tenemos otro toro en la plaza, y parece que es bravío, segun noticias. ¿No observan ustedes que

detenerse corrió á Teruel, dictó allí algunas órdenes, y siguió hasta Segorbe, donde se le reunieron las fuerzas que habia sacado de Valencia D. Facundo Infante: se dirigió en seguida á Castellon de la Plana, y habiendo reunido once batallones y ocho escuadrones, voló al socorro de Lucena, que se hallaba en una situacion desesperada, sin víveres, ni municiones, y á punto de rendirse á los carlistas.

Cerca de aquel punto estaba ya Cabrera con fuerzas numerosas, parapetado en las formidables alturas de la sierra de las Useras, y resuelto á impedir el paso á su contrario, lisonjeándole la idea de derrotarle. Una sangrienta batalla, que duró ocho horas, dió el triunfo á O'Donnell; triunfo costoso, pues entre muertos, ahogados por el calor y heridos, tuvo su ejército trescientas bajas; pero importante y de suma transcendencia. La pérdida de Lucena ponía en peligro los reinos de Aragon y Valencia, entregaba al enemigo la provincia de Cuenca, y habria hecho necesario desmembrar el ejército del Norte para cubrir á Madrid, que quedaba igualmente amenazado. La victoria alcanzada por O'Donnell el 17 de Julio quebrantó el orgullo de Cabrera y reanimó al país, al paso que alentó el espíritu abatido de las tropas liberales, disponiéndolas para alcanzar nuevos laureles.

En efecto, á los pocos dias volvió á triunfar O'Donnell, batiendo á Cabrera bajo los muros del castillo de Tales, cuyos fuertes se le rindieron á discrecion.

Estos triunfos tenian doble valor por su oportunidad; pues, quebrantando el poderío de Cabrera, facilitaban el éxito de los grandes planes de pacificacion que se iban desarrollando en el Norte. Y como estaba de Dios que la causa carlista hubiera de hundirse por obra de sus mismos mantenedores, en aquéllos momentos críticos proporcionaba Cabrera involuntariamente á sus contrarios los medios de obtener además un triunfo moral importante.

Los enemigos de Maroto expulsados á Francia no habian cesado de conspirar contra él desde Bayona, usando el nombre de D. Carlos, con quien mantenian correspondencia por medio de amigos que aun permanecian á su lado. Esparciendo proclamas alarmantes, incitando á la rebelion á los jefes de algunos batallones, agitando de mil modos, exasperaban á Maroto, que continuamente recibia avisos de sus maquinaciones, poniéndole en el caso de reclamar una providencia enérgica para "cortar de raiz *la anarquía* de que estaban amenazados, ó de lo contrario, que se le

siempre envian contra mí generales de apellido extranjero? Borso di Carminati, Oráa, Van-Halen, O'Donnell... Vaya una cosa particular: y á fé que no faltan generales de apellido español en la Guia de forasteros de Madrid. Pero, señores, es preciso tomar lo que nos dan.»

permitiese ausentarse de las Provincias y volver á vivir tranquilo en el seno de su familia.,

Procuró D. Carlos tranquilizar á Maroto ; pero como no cesaban los trabajos de los apostólicos, vino á complicar la situacion un folleto del capuchino Fr. Antonio Casares, que pretendia una sublevacion contra aquel jefe, contando con que Arias Teijeiro y otros expulsados estaban ya en Cataluña y Aragon de acuerdo con el Conde de España y con Cabrera para libertar á su rey de la cautividad en que, segun ellos, le tenia Maroto, á quien acusaban de traicion y de otros crímenes, tratándole con los epítetos más denigrantes.

En esto fueron interceptadas y publicadas por los liberales dos cartas dirigidas á D. Carlos, una de Teijeiro, y otra de Cabrera, que parecian confirmar aquellas inteligencias, y en las cuales le daban grandes esperanzas de un próximo triunfo *contra toda clase de enemigos*. La publicacion de estas cartas fué un golpe terrible para la causa carlista, y su contenido exasperó á Maroto de tal modo, que le obligó á exponer á D. Carlos, que se le ponía en el caso de no poder continuar á su servicio, ó en el de procurar defenderse por cuantos medios estaban á su alcance. “Ó V. M. está de acuerdo con Teijeiro, decia por último, como cabeza principal de los expulsados, y en este caso las personas de opinion contraria á este deben ser sacrificadas, ó V. M. debe, por un soberano decreto, manifestar el desagrado de tan extraño comportamiento...,”

D. Carlos satisfizo cumplidamente á Maroto, y mandó expedir órdenes severas contra *el revolucionario Arias Teijeiro* y los demás que desobedecian sus mandatos, quebrantando el destierro, y además le comprometian tomando falsamente su nombre para sembrar la discordia entre sus heróicos defensores, etc. Pero estas medidas no impidieron que se aumentase la discordia; pues además de haber quien procurase fomentarla, eran muchos y poderosos los motivos de recelo y desconfianza.

Los planes de transaccion no podian estar ocultos, y esto bastaba para enfurecer á los obcecados partidarios del absolutismo teocrático; es decir, á los verdaderos carlistas: Maroto mismo habia comunicado su pensamiento á varios generales y otras personas allegadas á D. Carlos, proponiéndoles las bases que él creia convenientes para negociar la paz <sup>1</sup>, y que fueron bien acogidas por aquellos personajes: además, con la esperanza de sacar el mejor partido posible, habia dado pasos

<sup>1</sup> Eran estas: el casamiento del primogénito de D. Carlos con Doña Isabel II, abdicando aquel sus derechos; restablecimiento de las antiguas Córtes por estamentos; reconocimiento de los empleos y grados militares y civiles creados en los dos campos, y la integridad de los fueros de las provincias Vascongadas.